

Tradición y progreso.

("El Eco de Cartagena", Cartagena, 8 diciembre 1900)

TRADICIÓN Y PROGRESO

«Dejad que los muertos entierren á sus muertos», dijo en cierta ocasión el mismo que decía: «Dejad que los niños se acerquen á mí», sentencias ambas mucho más estrechamente enlazadas de lo que á primera vista pudiera creerse.

Empezó la cultura religiosa de los pueblos, según parecer de sagaces investigadores, por el culto á los muertos antepasados. Era el culto á la anterioridad, en que persisten los chinos, el pueblo del eterno ayer. La civilización ó incivilización de los chinos básase, en efecto, en el culto á los manes paternos; la piedad filial es su virtudeje. Y así ocurre en China que quita las tumbas sitio á las cunas, sacrificasen los hijos por los padres, y no éstos por aquéllos, y es el infanticidio fechoría frecuente. Y con todo ello el mandarínismo, otra forma de culto al pasado.

En éste pusieron los pueblos primitivos el tesoro de sus más caros ensueños; en el albor de la Humanidad el paraíso terrenal. Y así atraviesan los siglos bajo el peso de la historia. «¡Felices los pueblos que no la tienen!»—exclaman algunos, no sin su buena parte de razón. Porque ello es que, cuanto más ligeros de pasado, más sueltos caminamos al porvenir.

Hoy empieza á variar la perspectiva, comprendiendo los que en el vehículo del tiempo marchamos á través de la historia que no es la campiña la que hacia atrás desfila, sino nosotros los que por medio de ella vamos hacia adelante. Deshecho el espejismo, ponemos en el porvenir el paraíso terrenal y á su conquista enderezamos nuestro arresto. Hora es ya de que el culto á la posteridad sustituya al culto á la ascendencia, que sea la piedad paternal nuestra virtud eje, y que las cunas no dejen á las tumbas sitio.

Mejor aún sería que hiciésemos cuna del nieto de la sepultura del abuelo. Las hojas que el otoño arranca al árbol y que al pie de su tronco arremolina el viento, fermentan allí y convertidas en mantillo prestan fomento y abrigo al árbol, y le dan savia para que arroje el verde follaje de primavera.

¡Progreso! Pero el progreso ¿de qué lo es? Porque para que haya adelanto, *progressus*, algo ha de *progredi*, adelantar. Adelanta lo que de atrás venía; progresa la tradición. Y á la vez va asentándose lo que progresa, si es el progreso lo que debe ser, crecimiento y no mera marcha, crecer de árbol y no trayectoria de cometa que no deja estela ni rastro en los espacios, crecer de árbol que ahonda en los abismos sus raíces y abre su follaje al sol. Y así lo progresado se trasmite, *traditur*, haciéndose tradición; trasmítase el progreso, se *tradiciona*. Es, pues, el progreso, progreso de tradición, y es la tradición, tradición de progreso, cuando una y otro son vivos de veras. Ved cómo se enlazan tumba y cuna.

Bien está que volvamos nuestras miradas á nuestro pasado, al de nuestra España, pero es para mejor caminar á nuestro porvenir. Lo eterno de nuestros padres en el alma lo llevamos, y es el mejor panteón una escuela.

Pocas y superficiales raíces tiene entre nosotros el culto á la posteridad. Lo de la importancia de la educación del niño es un tópico que se repite por maquinilla, sin poner en él ni reflexión ahincada, ni sentimiento arraigado. El padre cree cumplir con echar sus hijos á la escuela, para sacudirse de ellos no pocas veces, porque en casa estorban. Y como la escuela no es para él más que el sitio adonde manda á sus hijos para que no le alboroten la casa, se cuida de ella poco.

Todo cuanto sea cuidarnos de la escuela, será convertir en fe-



10



Tradición y progreso.

2
1

cundo progreso nuestra tradición, y asentar sobre firme y fructífera tradición nuestro progreso. En tal camino ha dado un paso gigantesco Cartagena. Es preciso que esa escuela llegue á ser un microcosmo, que vea en ella el niño reflejado el mundo todo y que no ya los niños, sino los grandes, vayan á ella á abrir los ojos un poco más de lo abiertos que los tengan. Esde esperar que se convierta en un museo en que con sólo mirar se reciban en el alma esfluvios de realidad. Nunca olvidaré cierta escuela, en el extranjero, donde de tal modo estaban dispuestos en una pared esqueletos de extremidades de distintos vertebrados, que sin explicación alguna, con sólo mirar, se veía la unidad profunda de donde arrancaron la pata del león, la del toro y el caballo, el ala del murciélago y del águila y el brazo del hombre.

A la escuela primaria es á la que sobre todo toca la fecunda labor de hacer que nuestra escasa cultura sea menos libresca, que no tenga tanto de educación de momias. Es menester que no sea nuestra inteligencia tumba, sino cuna de conocimientos.

Cartagena acaba de ganar una batalla con las escuelas que inaugura, batalla de progreso mucho más gloriosa que las batallas de nuestra tradición, batalla por la conquista de una tradición de progreso; acaba de erigir una cuna de civilización en medio de tumbas de ella. Sus hijos le pagarán mañana su piedad paternal de hoy, su culto á la posteridad.

¡Dios le dé, como á Abraham, gloriosa descendencia!

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

A.S.2/311